

{jb_quote}...Los nadies: los ningunos, los ninguneados, corriendo la liebre, muriendo la vida, jodidos, rejodidos: Que no son, aunque sean. Que no hablan idiomas, sino dialectos. Que no profesan religiones, sino supersticiones. Que no hacen arte, sino artesanía. Que no practican cultura, sino folklore. Que no son seres humanos sino recursos humanos. Que no tienen cara, sino bracos. Que no tienen nombre, sino número...{/jb_quote}

Eduardo Galeano. «Los nadies» El libro de los abrazos

Para poder contestar a este interrogante desde el ámbito que aborda el fenómeno de las migraciones y la convivencia con las sociedades de llegada y de éstas con las de salida es necesario plantear otro interrogante: ¿Es la inmigración, los diferentes colectivos de inmigrantes presentes entre nosotros y nosotras el problema o lo somos nosotros, la sociedad de llegada?

Desde nuestro punto de vista, es urgente volcar desde ahora la ecuación que se ha ido enmarcando en la que se liga la convivencia social y cultural y sus problemas con la inmigración. Sólo si somos capaces de ver la situación de la inmigración como espejo en el que poder mirarnos podremos ver cuál es el vínculo social que estamos tejiendo en la medida que vamos reestructurando nuestras sociedades. Veámoslo como espejo en el cual podemos ver reflejado cómo vemos al otro, al inmigrante y así poder analizar cómo nos hemos construido un «nosotros» durante lo que hemos conocido como la «modernidad»; como ahora, en estos tiempos de fuertes cambios, cuestionamientos y crisis, en los que nos encontramos

¿Es posible otro mundo? La inmigración y las sociedades de llegada y de salida

Escrito por Pedro Albite Rueda y Txus Elorza Juaristi
Jueves, 25 de Enero de 2001 12:25 -

en la transformación hacia sistemas sociales, económicos, políticos y culturales más cada vez más globalizados.

Veamos cómo hemos construido el sujeto, el actor de la modernidad y más recientemente, sobre los diferentes artefactos que sostenían nuestra forma de entender los sistemas sociales, la sociedad y a nosotros en ellos. Nos referimos a cosas como el Estado nación, el ciudadano, el Estado del Bienestar, la Unión Europea, las leyes de extranjería, etc., que formaban un conglomerado de componentes que articulaban nuestra cosmovisión social, la articulación de nuestras sociedades que habíamos llamado modernas o las llamadas posmodernas más recientes.

Somos nosotros, los europeos entre otros, los que vemos a los inmigrantes, como peligrosos ante las identidades construidas de los Estados nación en crisis, como competencia ante los escasos servicios sociales o como competidores en un mercado laboral dualizado, precarizado y como un riesgo para la seguridad ciudadana en las calles de nuestras ciudades.

Hace no tanto tiempo, tan sólo unas décadas, los diferentes estados europeos posibilitaban un cierto paraguas de integración bajo el que se cobijaban los diferentes colectivos llamados marginados. Estados que a la salida de la Segunda Guerra Mundial necesitaban reconstruir economías de la posguerra y que reclutaban a los inmigrantes en sus propias regiones de origen y les ofrecían una cierta aceptación con la condición de que pasaran desapercibidos en cuanto a sus señas de identidad, sus especificidades identitarias, culturales y de grupo diferenciado.

Más recientemente, se está construyendo una Europa fortaleza en la que ya no se busca la integración social, sino la optimización del beneficio y en la que las leyes del mercado van creando cada vez una ruptura social mayor debido a la cual colectivos como los de inmigrantes que van llegando no acceden más que al eslabón sumergido en la precariedad y la exclusión.

Así el vínculo social que vamos tejiendo, el modelo de sociedad que vamos alimentando es el de la exclusión, una Europa de la gran muralla que pretende parar la inmigración (aunque lo que pretende entre otras cosas es mantenerla en la indefensión más absoluta para mejor utilizarla, como en El Ejido o en tantos otros sitios) y frenar a los pobres, a los diferentes, a los otros.

Así hemos conseguido no sólo unas instituciones reacias y xenófobas, una legislación totalmente excluyente y racista (leyes de extranjería, cupos, regularizaciones, etc.) y un gran conjunto de la población sumergido en estas contradicciones y que apoyan, consciente o inconscientemente, el supuesto beneficio que nos han prometido para el presente y futuro. Estamos construyendo un «nosotros» cada vez más excluyente en lugar de convivir y negociar, de igual a igual, la diversidad ya presente en nuestras sociedades. En nuestro caso, una nación sin Estado, poder construir una identidad que incluya las diferencias, los excluidos no sólo a nivel asistencial, sino que también a nivel de derechos y de identidades culturales aquí ya presentes.

La vieja Europa de Estados nación de la modernidad, la crisis actual y el futuro de la Europa fortaleza

La modernidad se edifica entre otras cosas sobre el Estado nación. Este se levanta superando diferentes trabas. A nivel territorial, el capital supera las fronteras internas y las trabas locales para que los productos y mercancías puedan moverse libremente en un único mercado unificado «libre». En cuanto a la unificación ideológico-cultural se trata de conseguir que las personas que van a vivir en este territorio unificado se construyan en una misma cultura, una misma alma, unos mismos valores, idioma, una misma conciencia de colectivo; atributos del nuevo sujeto del orden moderno: el ciudadano depositario de derechos. Para conseguir todo esto, entre otras cosas, sirvieron los colegios nacionales, la burocracia, la oficialización de uno de los idiomas presentes, el ejército, etc. Así, confluyen tres elementos: la unidad territorial, la ciudadanía y la idea de unidad ideológica.

Pero lo que entonces parecían elementos incuestionables del entramado moderno se ponen ahora en tela de juicio. Las fronteras comienzan a cuestionarse, la unidad territorial triunfante de la superación de las trabas internas comienza otra vez a resultar reducida y estrecha para las necesidades de la economía, del capital. La producción deslocalizada necesita un marco más amplio. Los estados quedan pequeños. Las tendencias que buscan unificación ya de estados, ya de empresas se generalizan.

Así, la Unificación Europea es el camino hacia la superación de estos marcos territoriales estrechos que son los estados hacia una mayor unificación territorial. Se refuerza el proyecto de la Europa unida; pero también lo es hacia una mayor homogeneización y clonificación cultural a través de las formas de consumo, de vida, la comida rápida, el pensamiento único, etc.

¿Es posible otro mundo? La inmigración y las sociedades de llegada y de salida

Escrito por Pedro Albite Rueda y Txus Elorza Juaristi
Jueves, 25 de Enero de 2001 12:25 -

Otro de los componentes de nuestro constructo social es el Yo, el individuo, el ciudadano. Cada vez tenemos más criterios para entendernos desde el yo, desde la individualidad. Hemos basado nuestra sociedad sobre un yo que no establece contactos con los otros más que desde el interés. Todos y cada uno y cada una somos iguales, somos ciudadanos iguales ante el Estado y ante la ley. Por eso, nuestras necesidades, nuestras voluntades, nuestros símbolos son intercambiables y universales. No se reconocen las especificidades, las características identitarias de los grupos, ni los distintos idiomas, ni religiones, etc. Así, por encima de las diferencias quiere imponerse el discurso de la igualdad unificadora y supuesta-mente más universalizadora.

La conciencia del yo sigue incrementándose, pero lo que ya ha sido cuestionado es la ciudadanía como garante de los derechos de sujetos iguales.

Respecto al Estado del Bienestar como pacto social entre el capital, el Estado y la representación del mundo del trabajo a la salida de la Segunda Guerra Mundial, éste regulaba las condiciones de vida y de trabajo de amplias capas de la población. Para estos sectores era la posibilidad de integración, aún relativa, ante la realidad de la marginación. Se contemplaban así diferentes coberturas sociales, pensiones, la regulación del trabajo, el subsidio de desempleo, la sanidad y diferentes servicios sociales, etc. Era la salida que superaba el modelo de Estado liberal anterior.

Aquel pacto ahora no es más que una atadura en la meta de la optimización del beneficio que marca la ley que impone el mercado globalizado. Queda superado también, ya que la nueva meta del capital es la de aumentar el beneficio, reduciendo la intervención del Estado como agente económico, como regulador de la cobertura social y de la convivencia, etc. Los gastos sociales y las diferentes garantías y prestaciones sociales se ponen también en tela de juicio. Se abre la temporada a los recortes de pensiones, del subsidio de desempleo, de la sanidad, a las grandes reconversiones de las industrias públicas, a las privatizaciones, a la desregulación del mercado laboral, etc.

La vía de la integración social queda pues a un lado para reafirmar las necesidades del mercado. Esto hace que la distancia entre distintos sectores sociales vaya incrementándose,

¿Es posible otro mundo? La inmigración y las sociedades de llegada y de salida

Escrito por Pedro Albite Rueda y Txus Elorza Juaristi
Jueves, 25 de Enero de 2001 12:25 -

que se vaya abriendo una gran fractura social que ha ido creando una nueva textura social, la distancia entre los incluidos, los integrados en lo social, y los que cada vez están más excluidos. Los inmigrantes evidentemente se-rán uno de los colectivos que van a ir engrosando este segundo sector de excluidos.

El trabajo, entendido como un valor que estructuraba y creaba el proyecto de vida de muchas personas y que era parte de la identidad y uno de los ritos de transición para acceder a la vida adulta, entra en crisis.

Eran los estados de la Europa de hace unas décadas los que habían salido de la Segunda Guerra Mundial y que además de estabilidad política necesitaban mucha mano de obra para unas economías en fuertes procesos de crecimiento económico. Esta mano de obra fue reclutada en el sur de Europa y en el norte de África sobre todo. Esto facilitaba que los inmigrantes accedieran a una cierta integración por lo menos en este aspecto en el que podían contar con un espacio en el trabajo, en grandes fábricas como la Renault, etc.

El trabajo era algo que no se cuestionaba, no se dudaba sobre si había o no, aunque los hubiera mejores y peores. Pero todo esto cambia y las condiciones de trabajo empeoran: el tipo de contratación va empeorando cuando existe, porque otras muchas veces lo que hay es el paro, la desregulación del mercado laboral, las facilidades de despidos, la reducción de subsidios por desempleo, la reducción de las jubilaciones, etc.

Es lo que se conoce como la dualización del mercado de trabajo. Por un lado estarán los que van a contar con un puesto de trabajo, estabilidad, condiciones laborales de cierta dignidad, buenos sueldos, etc. Son los incluidos sociales. Pero por el otro lado vamos a tener a sectores en paro o en la temporalidad laboral, en malas condiciones de trabajo, contratos basura, etc. Son los excluidos sociales, a los que les va a ser difícil poder ver más allá del día al día.

Los inmigrantes en su mayoría engrosarán el peor eslabón de las filas de este sector de parados, temporales, precarios con condiciones laborales ínfimas y a través de inventos altamente discriminatorios como el cupo (siempre muy reducido o en casos como el del año 2002 es cero para Bizkaia) para inmigrantes sujetos a sectores laborales que la población autóctona parece ni considerar ya, como la agricultura, la construcción, el servicio doméstico o la pesca.

En lo que respecta a la política migratoria hemos podido apreciar un gran salto desde la época en que diferentes estados europeos abrían directamente oficinas de reclutamiento en ciudades del norte de África para importar mano de obra. No se hablaba entonces sobre control de fronteras, pateras, ilegales, etc.

Más recientemente, hemos descubierto que al parecer los inmigrantes pueden ser incompatibles desde un punto de vista cultural o religioso, además de ser competencia- en el mercado laboral y ante servicios sociales escasos; que puede peligrar nuestra seguridad ciudadana, en fin, toda nuestra manera de ser y entender-nos en colectivo, en sociedad, como cultura democrática, etc. Y en estas percepciones sobre lo que son los inmigrantes para nosotros hoy día, sobre lo que pueden representar, han sido decisivas las políticas de control (entrada, estancia y expulsión), las medidas y las campañas de los estados firmantes de acuerdos como el de Schengen que crean la «Europa fortaleza» y que pretenden excluir y crear un club exclusivo. Acuerdos que ponen bajo sospecha al mismo nivel el «narcotráfico» el «terrorismo internacional» y la «inmigración». En este mismo sentido, lo que ya se conoce como el «11 de septiembre», entre otras repercusiones ha traído consigo el que se haya relacionado todavía más al islam, los musulmanes, los árabes con el terrorismo. La justificación de las consecutivas leyes de extranjería {desde 1985) ha sido siempre que evitarán la invasión de las pateras, el efecto llamada, etc.

Resurgimiento de claves identitarias de los inmigrantes. En el Norte y en el Sur

Con la globalización emergen identidades más cercanas con las fuertes tendencias hacia las fusiones por arriba, la unificación, la creación de espacios comunes, de mercados comunes, o tal vez precisamente y muy al contrario, ante este proceso, estamos asistiendo al fortalecimiento, tanto en el Norte como en el Sur, de identidades más cercanas, más reconocibles y que no nos emplazan a cosas lejanas con las que es más difícil reconocerse.

En el Norte de nuevo cobran fuerza con aquellas identidades y culturas, que la modernidad suponía superadas, sobre todo cuando se edificaban los estados nación y eran relegadas en el mejor de los casos a un segundo plano.

En el Sur, se recrean identidades que, sobre todo, habían sido succionadas en los diferentes

procesos de colonizaciones y descolonizaciones; ya sea ante la francofonía, la anglofonía en África o, en América, con los procesos indígenas sobre todo.

Se da también un cambio de los flujos migratorios, las idas y venidas a los países o regiones de origen se hace más frecuente. Las e/migraciones suponían en la fase anterior una apuesta a más largo plazo, era un planteamiento que se hacía con la esperanza de volver, pero no tan rápidamente: era el sueño del retorno en una estancia prolongada. Ahora, en este nuevo ciclo, se hacen más frecuentes los viajes de ida y vuelta. Esto va a suponer un refuerzo de las claves identitarias más activadas en las zonas de origen y del papel de cambio que los inmigrantes pueden realizar en sus sociedades de origen y de puente entre estas y las sociedades de llegada.

Así, las claves más comunitarias, de identidad, étnicas, religiosas, etc., se activan. No es que anteriormente no existieran grupos, colectivos del mismo origen, la misma zona, país etc., sino que ante una Europa que ha cerrado otras vías de convivencia, de reconocimiento, lo más identitario, lo más cercano, ha cobrado un nuevo significado. Y esto tanto en Europa entre las comunidades de inmigrantes- frente a los efectos de cierre de las políticas de extranjería, como en sus países de origen ante las consecuencias de la globalización.

Es necesario, por tanto, redefinir las bases de la convivencia, de modo que en los derechos de ciudadanía tenga cabida el reconocimiento de diferentes culturas, lenguas y religiones. Y eso con todas las tensiones, conflictos y procesos de negociación y acuerdos que se puedan ocasionar, puesto que eso y no otra cosa es la convivencia: un constante proceso de readecuación, de negociación de miradas, de intereses, de identidades. En definitiva, ir tejiendo una práctica social y política basada en el reconocimiento de la multiculturalidad.

Otro mundo es posible

Construir un nosotros/as que incluya los diferentes otros/as. Este nosotros que se está construyendo desde la globalización neoliberal está imprimiendo un ritmo en el que el mercado marca las pautas sociales, económicas, valores, etc., que amplían la fractura interna que sitúa sectores más amplios en la exclusión dentro de nuestras sociedades. Y a su vez crea una mayor fractura a nivel internacional entre el Norte y el Sur y el Este con una base económica, social e identitaria (culturas supuestamente incompatibles, religiones diferentes, tradiciones

distintas, etc.). Hace también que la economía, el mercado sea cada vez más autónomo e independiente del control de las sociedades. Estamos poniendo las sólidas bases de una sociedad (también a nivel internacional) organizada según lo que impone el mercado y no al revés, una economía que sirva a las necesidades de amplios sectores sociales y comunidades.

Cada vez invertimos más en gastos militares, en guerras «liberadoras de bureas», y menos en reducir las abismales distancias entre el Norte y el Sur. Invertimos más en controles de las fronteras exteriores de la Europa fortaleza (valladas, video vigilancia, bases de datos, espacios de seguridad, patrulleras, helicópteros, etc.) que supuestamente nos previenen de esas culturas, religiones, identidades que estamos visualizando cotidianamente, desde ese espacio espectacular y devorador de fetiches en que se han convertido los medios de comunicación, que no son compatibles con la nuestra (el musulmán, el árabe, el africano, el indio, etc.)

¿Sería posible, desde nuevos planteamientos, reivindicar PAPELES PARA TODOS/ AS y en consecuencia plantear una DESOBEDIENCIA CIVIL a la «nueva» Ley de Extranjería, no sólo desde la sociedad, sino incluso desde instancias institucionales más locales? Desobediencia a una ley que vulnera los más elementales principios humanitarios y de derechos básicos, reconociendo por ejemplo su situación aquí, a través de algún documento que sirva de identidad, y la presencia de esos inmigrantes en Euskal Herria, al menos. En esta línea, es alentador el recurso de inconstitucionalidad que se tramitó en su día desde el parlamento vasco a esta Ley, así como la creciente estructuración de los movimientos sociales de inmigrantes y de apoyo a la inmigración.

¿Es posible, por otra parte, desde las competencias que ya existen en la Comunidad Autónoma y Foral, plantearse una política activa para poder intervenir en los ámbitos sobre los que el movimiento de la inmigración ya se ha posicionado? Unas políticas que no tengan sólo como «objetivo» la población inmigrante presente aquí, sino que la tengan en cuenta como «sujeto» (o pluralidad de sujetos) que puede actuar tanto entre nosotros como en sus países de origen como un sujeto de pleno derecho. Porque, aunque nos pueda sorprender, tienen sus propuestas, su voz, son, en definitiva sujetos maduros cuya aportación es un hecho en nuestra vida colectiva y deben ser una fuente imprescindible para construir nuestra convivencia.

Inmigración y cooperación internacional con sus regiones de origen

¿Es posible otro mundo? La inmigración y las sociedades de llegada y de salida

Escrito por Pedro Albite Rueda y Txus Elorza Juaristi
Jueves, 25 de Enero de 2001 12:25 -

Es necesario tener en cuenta también que las políticas de convivencia hacia la inmigración y hacia la población de llegada cada vez están más unidas a la consideración de medidas de solidaridad internacional y cooperación internacional.

Migración y cooperación tienen que plantearse desde una perspectiva cada vez más común y entrelazada. Son partes de esas sociedades del Sur, de las sociedades de origen, las que están entre nosotros y nosotras; son el nexo de nuestras sociedades con las sociedades del Sur.

Por otra parte no sería más que reconocer una práctica habitual en ellos y ellas, si decimos que es uno de sus afanes, de sus anhelos, poder colaborar con sus allegados allí, con sus regiones o países de origen. Ellos y ellas saben muy bien cual es la situación allí, y tienen muchos criterios y muy bien fundados con los que se puede trabajar. En definitiva, sería admitir que los y las inmigrantes ya son un agente activo de desarrollo de sus países de origen y por tanto, es urgente reconocerlos como sujetos privilegiados de la cooperación.